

Tercero. *¿Cuál fué la fortuna particular de María?* Fué estar al lado de Jesucristo y escucharlo. Si María lo recibió en su casa y trabajó por él, María no solo participó de esta buena obra, sino que procuró también aprovecharse de la presencia de un tal huésped, escuchando sus varias lecciones. Para no perder nada de ellas, estuvo también sentada a sus pies en la postura exterior más humilde y en el más profundo é interior recogimiento. Por eso mereció ella ser mirada de la Iglesia como figura de María madre de Jesús, que conservaba con tanto cuidado en su corazón todo lo que oía decirse de Jesús ó lo que oía hablar al mismo.

¿Quién nos impide gozar los mismos favores que María y María? Nosotros podemos, como la primera, recibir á Jesucristo en nuestra casa por medio de una fervorosa comunión, y podemos como María, ó sea en la comunión ó sea en otro tiempo, estar á sus pies, escucharlo y alimentarnos de su celestial doctrina. ¡Ah! si nosotros le fuésemos fieles, ¡cuántos felices momentos no pasaríamos en ellos y cuántas delicias gustaríamos!

## PUNTO II.

### QUEJAS DE MARTA CONTRA MARÍA SU HERMANA.

Lo primero. *Quejas que se enderezan solo á Jesús.* "María pues se afanaba entre los ministerios de la casa y se presentó y dijo: Señor, ¿tú no reparas que mi hermana me ha dejado sola en los negocios de la casa? Dile, pues, que me ayude...."

Lejos de tener esta queja, enderezada á Jesús mismo con alguna aspereza ó amargura, se ve al contrario en ella la expresión de su amor por el Señor y de su amistad para con su hermana.... Si fueran tales todas nuestras quejas, si las enderezásemos únicamente á Jesucristo mismo, si de él solo y por su orden esperaríamos el efecto, serían mucho más raras y no turbarían jamás la caridad y la paz.

Lo segundo. *Quejas que apartan á María de su trabajo.* María está sentada á los pies de Jesús; pero María se presenta en pie delante de él; viene de trabajar, está pronta á volver á la acción y hay apariencia de que aun hablando, no cesaba de obrar. Habla, pero para ejercitar á otros á obrar y acaso para animarse á sí misma. Nuestras quejas son bien diferentes; ellas nos abaten, nos desaniman, nos reducen á la desesperación y muchas veces son causa que lo abandonemos todo. ¡Ah! si pensásemos que trabajamos por Jesús, que el trabajo en nuestra vocación y nuestro deber, nuestra penitencia, nuestro mérito y nuestro provecho, no nos lamentaríamos que se nos deja todo el trabajo, ó nos lamentaríamos como Marta, con amor, sin cesar y sin enfadarnos del trabajo, y con intención de proseguir con un nuevo fervor nuestra ocupación.

terceros. *Quejas que no ofenden á María.* María conoce bien á su hermana, ve muy bien el motivo que la anima, no da á sus palabras una falsa interpretación, no echa de ver en ellas defecto de respeto á Jesucristo ni ofensa alguna contra sí misma; no advierte otra cosa que el amable carácter de su hermana, siempre viva, activa y celosa por servir á los otros. María guarda silencio, no un silencio nacido de un mal humor ó de disgusto, ó como el silencio de una persona que muestra hacerse violencia para no prorrumpir en resentimientos y para sufrir con paciencia; silencio á las veces más ofensivo que una respuesta, sino un silencio lleno de dulzura, de amistad y de respeto. Está esperando que aquel que la sufre á sus pies y á quien se endereza la queja, se digne de responder por ella. Si nosotros nos quejásemos y nos lamentásemos de los otros de la manera que lo hizo Marta, no ofenderíamos jamás á nadie, y si las quejas que de nosotros se dan las tomásemos en aquel sentido en que las tomó María, conservaríamos la paz del corazón y Jesús mismo haría nuestra defensa.

## PUNTO III.

### DECISION DE JESUCRISTO ENTRE MARTA Y MARÍA.

"Pero el Señor le respondió, y dijo: Marta, Marta, tú te afanas y te inquietas en muchas cosas, y ciertamente una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada...." Observemos con qué dulzura, con qué gravedad, con qué destreza vuelve Jesucristo la queja de Marta en una de las importantes instrucciones.

Lo primero. *Observemos la inquietud de Marta.* "Marta, Marta, tú te afanas y te inquietas por un gran número de cosas." Mucho más que á Marta, nos conviene á nosotros esta reprehensión. Nosotros nos inquietamos; porque ocupamos nuestro espíritu en una infinidad de cosas que no nos pertenecen, que no son segun nuestro estado, que no son propias de nuestro empleo.—Nos inquietamos en nuestro empleo y en lo que debemos hacer, ó sea por efecto de una actividad natural, que nos hace obrar con demasiada prisa, que emprendamos cosas superiores á nuestras fuerzas, y que queramos hacer las cosas de otro modo del que podemos; ó sea por un espíritu de vanidad, que nos hace temer el desprecio y la vergüenza de no salir bien en cualquiera cosa, y que busquemos la estima, la alabanza y la aprobación; ó sea por efecto de amor propio, que nos

tione muy satisfechos de nosotros mismos y con deseo de que también lo estén los otros.—Nos inquietamos en nuestras devociones por miedos quiméricos y vanos escrúpulos, que no sirven de otra cosa que alejarnos de Dios. Si renunciásemos á todas las cosas y á todos los cuidados inútiles, si buscásemos únicamente á Dios, su gloria y nuestra salvación, nuestro trabajo sería más tranquilo y más útil, no secaría nuestro espíritu, y mucho menos nuestro corazón, y nos dejaría todo el tiempo necesario para atender á la oración y á los otros ejercicios espirituales.

Lo segundo. *Meditemos este único necesario de que habla Jesucristo.*—"Y ciertamente una sola es necesaria...." Sentencia y máxima importante; palabra divina, espada de dos filos, que de una parte corta todos los cuidados superfluos de la vida presente, y de la otra nos afianza únicamente á los bienes reales de la vida futura.—"Una sola es necesaria...." Si en el mundo nosotros nos atuviésemos al puro necesario para nuestra ocupación, para la comida y el vestido, ¡ho cuántos cuidados nos ahorraríamos! ¡cuántas quejas sofocaríamos! ¡cuántas pocas cosas bastarían para nuestras necesidades! Pero queremos la abundancia, queremos las delicias, y la codicia nunca dice basta.—"Una sola es necesaria...." y es la salvación; necesaria, porque sin ella no podemos evitar el ser sumamente y eternamente infelices: sola necesaria, porque todas las otras en nada pueden contribuir á nuestra felicidad, y ella sola puede hacernos sumamente y eternamente felices, y por otra parte es la sola que todos podemos adquirir, y acaso, ¡ay de mí, la sola que los hombres no adquieren y por la que no trabajan! ¡O leura, ho necesidad de los hombres! ¿No soy por ventura yo también del número de estos insensatos? ¿He trabajado por el negocio de mi salvación mas que por ningún otro? ¿prefiero todos los otros á este?

Lo tercero. *Consideremos cuál es esta mejor parte que Marta elige.*—"María ha elegido la mejor parte...." Esta mejor parte es el cuidado de la propia salvación, el buscar el único necesario, el aplicarse á la oración, á la contemplación, á la meditación y á la renuncia entera de las cosas temporales. Ha elegido la mejor parte aquel jóven que renuncia el mundo, entra en el estado eclesiástico ó religioso, para servir á Dios solo y pensar únicamente su propia salvación. Ha elegido la mejor parte aquella hija que renunciando las vanidades del siglo, los bienes de la tierra, las esperanzas del mundo, se consagra enteramente á los rigores de la penitencia y á las dulzuras de la contemplación. ¡Sabio y afortunado el que ha hecho tan buena elección! ¿Podría él jamás arrepentirse y abandonar esta parte por desear ó volver á tomar la otra? No murmuren sus parientes, no se duelan sus amigos; y tú, ¡oh mundo maligno! si no quieres imitarlo, ¡ah! á lo menos no quieras criticarlo,

no quieras perseguirlo; antes bien alábalo, animalo y confiesa que él ha hecho una buena elección.

"María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada...." ¡Oh bienes frágiles del mundo! por grande que sea el amor y fuerte el apego que tenemos á vosotros, de vosotros nos privarán, seréis arrancados de nuestras manos y estaremos separados de vosotros para siempre. Riquezas, placeres, gloria, honores, artes y ciencias, cetos y coronas, un día vendrá que de todo nos despojarán, todo será perdido para nosotros, nada quedará en nuestras manos!

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh María! la parte que habeis elegido no se os quitará jamás. De ella gozareis con vuestro celestial esposo, con la Reina de los ángeles y de los hombres, con todas las almas santas, que habrán tenido el valor de imitaros. ¡Ay de mí! ¿por qué no seré yo de ese número? ¡Oh Señor! dadme un espíritu de recogimiento que preceda, acompañe y siga todas mis acciones; concedeme una caridad viva y operante, que produzca en mi corazón los frutos saludables de la acción y de la contemplación. Amen.

## MEDITACION CLVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO AL PUEBLO SOBRE VARIOS PUNTOS DE MORAL, EN QUE SE REPITE LO QUE HABIA ENSEÑADO EN OTRAS PARTES.

S. Luc., c. XII, v. 1, 12.

Aquí explica Jesucristo: primero, qué cosa es la hipocresía; segundo, cuál debe ser el temor del cristiano; tercero, en qué consiste su obligación de confesar á Jesucristo.

## PUNTO I.

### DE LA HIPOCRESIA.

Habiendo salido Jesucristo de Betania (si la serie de los sucesos es tal como la presumimos,) volvió á entrar en la Galilea. "Entre tanto, juntándose al rededor una gran multitud de gente, de suerte que unos á otros se atropellaban, comenzó á decir á sus discípulos: Guardaos del fermento de los fariseos, que es la hipocresía. Porque ninguna cosa hay oculta que no se haya de revelar, ni escondida que no se sepa...."

Consideremos primero la hipocresía en las obras malas que se tienen escondidas con toda la diligencia posible. ¡Vanas precauciones! Muchas

veces aun en esta vida se descubren los mas vergonzosos misterios; y ¡oh cuánta consternación y amargura mezcla con los placeres este temor! Al contrario, una virtud pura é inocente goza una paz inalterable y deliciosa. Pero aun cuando pudiésemos ahora esconder toda nuestra vida, vendrá el gran día en que se revelará todo. Y ¡oh cuál será nuestra vergüenza y nuestra confusión! Si usamos tanta cautela para esconder nuestros desórdenes en este mundo, usemos de otras mayores tambien para que queden ocultos en el otro, abrazando los rigores de la penitencia.

Lo segundo. *Consideremos la hipocresía en las buenas obras exteriores, corrompidas por defectos secretos.* Protestas de amistad é ofertas de servicios sin sinceridad; buenos oficios y mucha servilidad sin efecto; frecuencia de la Iglesia y de los Sacramentos sin devoción; con el cuerpo pestrados en tierra y rezando oraciones, sin atención interna, ¿quién podrá contar tantos motivos desarreglados é intenciones perversas que son el alma de nuestras acciones; vanidad, amor propio, interés? ¡Ah! es difícil preservarse de esta levadura farisaica que corrompe nuestras mejores obras y las muda en tantos actos de hipocresía. Pues todos estos defectos, todos estos motivos, estas intenciones, estos mas íntimos y profundos pensamientos de nuestro corazón, que con tanta destreza ocultamos, que cubrimos con tan bellas apariencias y que aun á veces los escondemos á nuestra propia vista, serán un día descubiertos y manifestados; y ¡oh con qué sorpresa y confusión nuestra!

Lo tercero. *Consideremos la hipocresía en la doctrina que se va enseñando secretamente.* "Porque las cosas que dijisteis al oscuro, se dirán á la luz; y lo que habeis dicho á la oreja en vuestras estancias, será publicado sobre los techos..."

Los libertinos, los impíos, los novatores, á ejemplo de los fariseos, despachan en las tinieblas, por medio de confidencias pecaminosas, en los corrillos de personas fáciles á ser engañadas y ya medio corrompidas, máximas abominables y principios que se ordenan á extinguir todo remordimiento y toda vergüenza. Se guardan de producirlos en público, ó si lo hacen, los depachan en libros tenebrosos y anónimos, con expresiones equívocas, las cuales después delante de la autoridad legítima ó en presencia de aquellos que parece se han escandalizado, explican en una manera ortodoxa; pero en presencia de los que están dedicados al mismo partido, saben explicarlas de un modo muy diferente. ¡Ah! no es así de la doctrina cristiana y católica. Conforme se dice á la oreja en el sagrado tribunal, en el aposento, en las casas particulares, se dice tambien y se publica sobre los techos, en los libros aprobados y firmados de sus autores, en las públicas cátedras y hasta en los mismos palcos. El que no está pronto á firmarla con su nombre y á sos-

tenerla delante del mundo en general y delante de cada uno en particular, no es digno de ella y no es reconocido por tal. Este es el ejemplo que nos han dejado los apóstoles y los mártires y que tendrá sus imitadores hasta al fin de los siglos, á pesar de la prevaricación de muchos.

## PUNTO II.

### DEL TEMOR DEL CRISTIANO.

Lo primero. *No teme la persecución de los hombres.* "A vosotros, pues, amigos míos, digo: No tengáis miedo de aquellos que matan el cuerpo, y después no pueden hacer otra cosa..."

El cristiano no teme la persecución de los hombres, porque los bienes que posee y los que espera están fuera de su poder, y ellos solamente pueden cabarse en los bienes que él desprecia. Pueden despojarlo de sus cargos y de sus empleos, privarlo de sus rentas, quitarlo de su patria, ecartarle la libertad, atormentarlo y hacerlo morir; después de esto, su potestad espira y la felicidad del cristiano comienza entonces para no acabarse jamás. ¡Ah! y cuán lejos estamos de esta intrepidez cristiana nosotros, que tomamos á una sola palabra, á una sola mirada, y que por temor de desagradar á un hombre, faltamos á nuestras mas sagradas obligaciones, quebrantamos la ley de Dios y abandonamos vilmente la causa de Jesucristo y el partido de la virtud!

Lo segundo. *Teme á Dios.* "Pero yo (añade Jesucristo) os mostraré á quién habeis de temer: temed á aquel que después de haber quitado la vida, tiene potestad de enviar al infierno: así os digo, temed á esto..."

Temed aquel Dios cuya potencia es eterna y que después de haber tal vez castigado en este mundo con una muerte anticipada, puede tambien precipitar en el infierno por una eternidad. ¡Ah! este sí, este debeis temer. El temor de Dios es el fundamento de la sabiduría y de la virtud. Guardaos de hacer caer este fundamento con las máximas de una falsa doctrina no reconocida del Evangelio. Los mas grandes santos en las tentaciones violentas, los mártires mismos á la vista de sus suplicios, han fortificado su valor con el pensamiento del infierno. Amad á Dios, observad su ley, servidlo con amor: ¿quién jamás lo mereció como él? Y se os representa algun objeto capaz de apartaros de este amor, advertid que este Dios no es menos terrible que amable y que un solo pecado mortal basta para traer sobre vosotros todo el rigor de su justicia. ¡Ah! si estuviéramos bien penetrados de este temor, las tentaciones quedarían sin atractivo; el mundo sin encanto; el demonio sin poder; sin fuerza las pasiones; sin rigor la penitencia, y la piedad sin obstáculos. Cuando el impío se esfuerza á sofocar

el temor de Dios en los corazones, ¿pensamos nosotros que hable en favor de la virtud? No. En esto él es el fauto de todos los vicios y de todos los pecados. El que hace profesión de no temer á Dios, presentándose la ocasión se declara dispuesto á otros mayores delitos.

Lo tercero. *No teme nada los accidentes mas desagradables de la vida.* "No se venden cinco pájaros por dos cuartos; y ni uno de ellos está en olvido delante de Dios. Y tambien están contados todos los cabellos de vuestra cabeza... No temáis, pues, porque vosotros sois mucho mas que muchos pájaros..."

El cristiano tranquilo en el seno de la Providencia sabe que Dios gobierna todas las cosas, que tiene cuidado de todas sus criaturas y que ni siquiera un pájaro está exceptuado; ¿cómo, pues, se olvidará del hombre formado á su semejanza y por quien se ha hecho todo lo restante? No solo el hombre en general, no solo cada hombre en particular, sino tambien todo lo que le pertenece al hombre está presente á su conocimiento. Vuestros bienes, vuestra reputación, vuestra salud, vuestro cuerpo y vuestra alma, todo está debajo de su protección; están contados hasta los cabellos de vuestra cabeza; ninguna cosa puede sucederos sino por su permiso, y nada nos sucederá, si quisiésemos usar bien de estas cosas, sino para nuestra mayor utilidad. ¿Qué podemos nosotros temer bajo un Dios tan grande?

¡Ah! alejamos de nosotros aquellos temores y aquellas desconfianzas que ultrajan su grandeza y su bondad. Aceptamos de su mano con reconocimiento los males como los bienes de la vida presente. Sometámonos con respeto á su santa voluntad, y estemos ciertos que la abundancia de su socorro corresponderá siempre á la grandeza de nuestra confianza.

## PUNTO III.

### DE LA OBLIGACION DE CONFESAR Á JESUCRISTO.

Lo primero. *Recompensa ó castigo de los que habrán cumplido ó fallado á esta obligación.* "Y tambien os digo: que todo aquel que me habrá confesado delante de los hombres, el Hijo del hombre lo confesará tambien á él delante de los ángeles de Dios. Mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios..."

Confesar á Jesucristo, quiere decir llamarse cristiano, mostrarse católico delante de aquel que combate el cristianismo y el catolicismo. Ya no existen los príncipes perseguidores, pero en su lugar se van levantando en el mundo pequeños tiranos que plantan su tribunal en las conversaciones; allí citan á todos los presentes y les hacen firmar los errores que esparcen. Los már-

tires no estan encargados de confutar los perseguidores, de convencerlos ni de convertirlos, sino solamente de confesar á Jesucristo, de declarar que lo adoran y que siguen su ley y renuncian los ídolos. Tal es todavia nuestra obligación. No está, pues, el comun de los fieles obligado á disputar con aquellos que blasfeman contra Jesucristo ó ultrajan la santa Iglesia; pero seria hacer traición á su propio deber y autorizar los malvados, el guardar delante de ellos un profundo silencio. Una mujer la menos sabia y una virgen la mas tímida, puede decir con toda libertad, sin salir de la regla de la conveniencia, que en todo está sujeta á las decisiones de la Iglesia. Vendrá el día en que Jesucristo, acompañado de sus ángeles, juzgará los vivos y los muertos. ¡Qué gloria entonces, qué felicidad haberse declarado en su favor! ¡qué vergüenza, qué desventura no haberse atrevido á hacerlo!

Lo segundo. *Diferencia entre los que habrán fallado á esta obligación.* "Y todo el que habrá hablado contra el Hijo del hombre, lo será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado..."

Hay algunos cuyo pecado, por enorme que sea, no está sin esperanza de perdon. Estos son los que hablan y obran contra Jesucristo, sin conocerlo bastante y sin tener ocasión de conocerlo. Tales eran muchos judíos que lo conocian solamente por un puño hombre y tal vez hablando con poca atención y respeto; tales fueron los verdugos mismos que lo crucificaron. A estos se pueden juntar los que hoy en día sin dejar de conocer á Jesucristo, lo ofenden por flaqueza, arrebatados de las pasiones, engañados del mal ejemplo, de la ocasión y de la tentación. Esto es lo que aquí llama Jesucristo hablar contra el Hijo del hombre. No es cosa rara que estos se reconozcan, se arrepientan de su pecado, lloren su culpa, se corrijan de ella y obtengan el perdón. Pero negar el misterio de la Encarnación, esta primitiva obra del Espíritu Santo, combatir la religion cristiana y la Iglesia católica, establecida, enseñada y gobernada por el Espíritu Santo; persistir en esta impiedad, no obstante las pruebas mas evidentes y luminosas del Espíritu Santo; persistir en esta impiedad, obstinándose contra las propias luces y remordimientos, que son el lenguaje del Espíritu Santo, por escuchar y tener el lenguaje de la herejía, y de la impiedad; esto es lo que Jesucristo llama blasfemar contra el Espíritu Santo, y este es un pecado de que casi jamás se ve un sincero arrepentimiento. Fueron muchos los que contribuyeron á la muerte de Jesucristo, y de estos hubo un gran número que se convirtieron, hubo tambien entre estos algunos de los verdugos; pero entre aquellos que después de haberse voluntariamente cegado, después de haber interpretado sus palabras y sus acciones, conforme á su obstinada incredulidad, emplearon tambien el fraude y la violencia, la

calumnias y los enredos, ninguno se sabe ni se oye que se haya convertido. ¡Oh vosotros que entráis en el mundo después de haber recibido una educación cristiana! sostened vuestra virtud, conservaos en la inocencia y en la práctica de la ley de Dios, no ofendais al Señor; pero si por vuestra desgracia lo ofendeis, no os correis todos los caminos para volver á él, no os arrojeis desesperados en el abismo que podeis aun evitar, no os acompañeis con los blasfemadores y con los incrédulos, no busqueis la paz en la mas espantosa y mas insensata desesperacion; reconoced que sois pecadores y servíos del remedio que aun os queda en vuestra fe y en la penitencia.

Lo tercero. *Socorro del Espíritu Santo para cumplir esta obligacion.* "Cuando os llevarán, pues, á las sinagogas, y á los magistrados, y á los príncipes, no paseis, pena del qué ó del cómo habeis de responder ó decir. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que debéis decir..."

No os perdais de ánimo al pensar en vuestra debilidad, en vuestras pocas luces y talentos; estad bien unidos á Jesucristo, y siendo necesario no os faltarán las palabras; el Espíritu Santo os sugerirá en aquel momento lo que debéis decir. ¡Ha faltado por ventura á los mártires este socorro? Citados en las asambleas de un pueblo furioso, delante de los magistrados revestidos de poder y de autoridad, delante de los gobernadores cercados de ministros, delante tambien de los emperadores, sentados sobre el trono con todo el aparato de la mas terrible majestad; en estas circunstancias, hombres simples, mujeres tímidas, virgencitas débiles, han hablado, han confundido los tiranos, desconcertado toda su sabiduría y cansando todo su poder. ¡Y vosotros delante de qué tribunal habeis de comparecer? ¿quién es aquel que se atreve á blasfemar delante de vosotros? Un enfadoso motejador, un desacreditado libertino, un hipócrita, conocido por tal. ¡Oh, y cuán poco se hacen temer estos tiranos! Una mujer la menos sabia, si es fervorosa cristiana y sólidamente eclesiástica, bastará para confundirlos y despreciarlos.

#### PETICION Y COLOQUIO.

Concededme la gracia, ¡oh Dios mio! de confesaros, aun con menoscabo de todas las cosas, sin buscar la gloria que viene de los hombres, sin temer su poder, sin oponer á sus artificios del todo humanos, y sin querer otra sabiduría que la que viene de vos y conduce á vos. Amen.



### MEDITACION CLIX.

#### SOBRE LAS RIQUEZAS.

##### PRIMERA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUS A LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

San Ldo., esp. XII, v. 13, 21.

Primero. El deseo de sus riquezas persuade su necesidad. Segundo. La posesion de las riquezas hace sentir su vanidad. Tercero. La muerte en las riquezas hace conocer su necesidad.

#### PUNTO I.

##### EL DESEO DE LAS RIQUEZAS PERSUADE SU NECESIDAD.

Primero. *Los efectos de esta persuacion.* "Y uno de la turba le dijo: Maestro, di á mi hermano que parta conmigo la herencia..." Este hermano queria sin duda usurpar para si solo la herencia de su familia y no dar parte á su hermano... Cuando el deseo de las riquezas ha tomado posesion de un corazon, se miran como la sola cosa necesaria, á que todo se debe sacrificar. El primer efecto de esta persuacion es la temeridad, cuando tiene el poder y encuentra la ocasion para ello; jamás es juez justo entre si y el prójimo. Jamás le falta pretextos para apropiarse y retener el bien ajeno cuando puede hacerlo, y cuando no encuentra pretextos, no se avergüenza de una injusta retencion, de usar la fuerza y la violencia. Tal era este hermano que retenia para si solo un bien que habria debido dividir con su hermano. El segundo efecto de esta persuacion es la division de las familias, los lamentos, las quejas, los pleitos, los odios, las enemistades aun entre hermanos y hermanas, entre aquellos que la naturaleza unió con ligaduras las mas estrechas y las mas sagradas y que debieran poner su gloria en su misma union y hallar en ella la propia consolacion. El tercer efecto de esta persuacion es el olvido de Dios y de la salvacion. No hay que buscar entre esta multitud del pueblo que con tanto gusto y ansia escuchan al Salvador, el hermano usurpador. No se buscan en nuestros templos en las horas del sacrificio ó de la pública instruccion, en los ejercicios de una mision ó de un retiro, estos hombres deseosos de riquezas; están ocupados en otros cuidados, y mirarian como tiempo perdido el que empleasen en pensar en Dios ó en suplicarle.

El cuarto efecto de esta persuacion es la ocupacion del espíritu.

El hermano agraviado era del número de los oyentes de Jesucristo; ¿pero aun cuando lo escuchase, de qué objeto tenia él lleno el espíritu? ¡Oh amor de las riquezas! á los que están llenos de tí, los persigues hasta los pies de los altares, hasta los pies de Jesucristo, hasta los pies de sus Ministros! Este hombre le habló á Jesucristo; ¿pero de qué cosa discurre con él? Le pide una gracia; ¿pero de qué gracia se trata? ¡Ah! no piensa en otra cosa que en las riquezas, no habla otra cosa que de riquezas, y hasta con Dios no discurre de otra cosa que de este único objeto de sus deseos.

Lo segundo. *Ejemplo opuesto á esta persuacion.* Pero él le respondió: ¿hombre, quién me ha constituido á mi juez ó repartidor entre vosotros?... Pertenece á los ministros de Jesucristo exhortarnos al desinterés, á la paz, á la concordia, á los caminos de la dulzura y la reconciliacion; pero por lo regular no deben mezclarse en nuestros negocios, en nuestros intereses, en nuestras divisiones, en nuestras pretensiones. Además del tiempo que les robaria un tal examen, correrian riesgo de perder la confianza, y aun de acaerarse el odio de alguna de las dos partes. Para esto hay jueces á quienes se puede recurrir, hay árbitros á que cada uno puede remitirse.

Lo tercero. *Confutacion de esta persuacion.* Enderezando de aqui Jesucristo la palabra á todo su auditorio, dijo: "mirad y guardaos de toda avaricia, porque no está la vida de cada uno en la abundancia de las cosas que poseo..."

La abundancia ó lo superfluo de nada sirve para el mantenimiento de la vida, porque ninguno se sirve de lo superfluo y cada uno está obligado á dejarlo luego que están satisfechas todas las necesidades. Este superfluo no sirve para la necesidad ni para la dulzura de la vida, antes bien podria dañarla, representándonos cosas imaginarias y haciéndonos cometer muchos excesos fuera de lo que verdaderamente necesitamos. Este superfluo no sirve para alargar la vida; cuando llega la hora de la muerte no nos libra de ella este superfluo. ¡Oh y cuán dichoso es aquel que en su estado esbe contentarse para si y para la familia y para la educacion de sus hijos! ¡cuántos pecados evitados! ¡cuántos cuidados ahorrados! ¡cuántas buenas obras practicadas! ¡qué tranquilidad en su corazon, qué júbilo en su alma, qué dulzura en su vida! Esecchemos, pues, la leccion de nuestro divino Maestro; pongamos todas nuestras atenciones en preservarnos de la avaricia, esto es, del amor de las riquezas, del cuidado excesivo de aumentar nuestros bienes y nuestras rentas, del deseo de salir de nuestro estado y de adelantarnos siempre mas; de igualarnos con aquellos que son mas que nosotros, y aun de sobrepajarles cuando creamos haberlos igualado. Con razon nos advierte Jesucristo que nos guardemos, que estemos atentos, porque este

deseo se halla naturalmente en nosotros, é imperceptiblemente penetra en nuestro corazon. Todos los discursos, todas las máximas del mundo y los ejemplos que esto nos da, no tiran á otra cosa que á excitar en nosotros este funesto deseo de que poquimos saben preservarse.

#### PUNTO II.

##### LA POSESION DE LAS RIQUEZAS HACE CONOCER SU VANIDAD.

Lo primero. *Por las inquietudes que ocasiona.* Jesucristo continuando á hablar á su auditorio, "les dijo una similitud: la posesion de un hombre rico habia llevado abundantes frutos..." ¿Qué provecho sacó él de esta abundancia; no otro que el aumento de inquietudes... "Y andaba discurrendo dentro de si, diciendo: ¿qué haré que no tengo en donde encerrar mis frutos?... Miralo, pues, inquieto en el espíritu, por los pensamientos de que está agitado..." Andaba discurrendo dentro de si... "Si hubiese sido un hombre de bien y timoroso de Dios, á la vista de esta bendicion del cielo se habria alegrado en el Señor, lo habria alabado y bendecido, habria recitado todos aquellos bienes como un don de su divina bondad; pero es un hombre rico y porque esto año es su cosecha de una abundancia extraordinaria, holo aqui pensativo, triste, abstraído; huye el comercio de los hombres, se reconcentra en si mismo y se da en presa á los diversos pensamientos de que se hace un desgraciado juguete. ¿Se ve acaso en su rostro una alegría sincera y serena, aun cuando se ha aumentado su fortuna próspera? El del Evangelio, inquieto en sus acciones, embarazado é indeciso, decia: ¿qué haré? Cuando una persona se halla en una medianía, no puede concebir este embarazo de las riquezas; le parece que ninguna cosa embaraza menos; cada uno dice entre si que sabria hacer uso de ellas; pero la experiencia muestra que nada hay que traiga consigo mayores cuidados. Aquel solamente no encuentra embarazo que no las ama, que no las estima, que no las busca, que no las desea y que de Dios solo las recibe cuando se las envía y para servirse de ellas segun su voluntad. Pero esta no es la situacion del rico; él está inquieto, no sabe qué es lo que deba hacer ni á qué resolverse. Su abundancia, ¿quién lo creeria? lo pone en necesidad. ¿En que, pues, piensa él tan profundamente? ¿sobre qué cosa delibera con tanta seriedad? ¿qué cosa es la que lo inquieta tan cruelmente? Es una sola cosa que lo falta... "Andaba diciendo dentro de si: ¿qué haré yo ahora que no tengo..." ¿Qué es lo que no tienes? ¡Ah! No tienes más de lo que esperabas; ¿mas de aquello que puedes consumir? Y tú estás embarazado y vas diciendo que no

tiencas... Si; esta misma abundancia es la que me embaraza, la que me molesta, la que me pone en estrechura, porque no tengo lugar donde ponerla; mis graneros son demasiado pequeños... ¡Oh miserable rico, que piensas solo á tí tú no tienes donde poner tu cosecha; ¡pues por ventura no hay pobres que sustentan, desgraciados á quien socorrer, familias necesitadas que aliviar, deadores en las cárceles que librar? Los templos, los altares, el culto de Dios, nada piden á tu reconocimiento: ¡Ah! rico insaciable y cruel, estate; pues, en poder de tus inquietudes, que está es el primer castigo de tu avaricia, y si te libras de este, sabe que caerás en otro aun mucho mayor.

Lo segundo. *La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad, porque pone al rico en excesivas ocupaciones.* Finalmente, el rico sale de su peregrinidad y toma su partido... "Y dijo: haré esto; destruiré mis graneros, fabricaré otros mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes...." ¿No es por ventura la primera ocupacion de los ricos, esto es, de los amadores de las riquezas? *Primera ocupacion de fasto y orgullo.* La casa de sus padres, donde ellos han nacido y en que se han criado, ya no les basta; ella los humilla, ella los deshonra; el padre habitaba en una casa modesta; para el hijo se necesita un palacio soberbio. El piensa con esta engañar al mundo y hacer olvidar la medianía de su primera fortuna y esconder la oscuridad de su nacimiento; se imagina que será á proporcion de tanta extension á su fama y á su lustre, cuanto les dé á las fabricas; pero muchas veces no hace otra que excitar contra sí el desprecio ó el odio. Cada uno se complace en refrescar la memoria de su primer estado, y tiene cuidado de dejarla á la posteridad. *Segunda ocupacion disipante y contradictoria.* Este hombre ama sus riquezas, y para conservarlas las gasta. Hace demoler lo que ya está fabricado y levantar mas grandes edificios.... Ves aqui, entre tanto, que lo que causaba tanto temor á este rico avariento, esto es, la pérdida de su superfluo, es cabalmente á lo que se determina. ¡Cuántos se han visto que después de haber hecho construir grandes graneros, no han tenido con qué llenarlos ni qué poner en ellos; ¡cuántos que después de haber hecho levantar y adornar magnificas habitaciones, no han podido tener la satisfaccion de vivir en ellas y han sido obligados á cederlas á sus herederos! *Tercera ocupacion llena de distraccion y de irreligion.* Mientras que el rico está ocupado en sus fabricas, nadie se atreve á hablarle de oracion, de leccion espiritual, de confesion, de comunión; él no tiene tiempo; no se le hable de obras buenas, de limosnas, de caridad; él no puede. ¿Quién, pues, podrá salir por fiador de que no cometerá alguna injusticia, de que pagará exactamente á los que emplea, de que no hará perder el salario á los operarios, y de que no sus-

citará algunos pleitos con aquellos que están encargados de llevar al fin la obra comenzada? ¡Oh vanas y engañosas riquezas! ¡es posible que nosotros háyamos de estar siempre deslumbrados con vuestro falso esplendor!

Lo tercero. *La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad por los proyectos que hace formar.* Proyectos quiméricos, que sirven de continuo pasto á la vida y de que no ve jamás la ejecucion.... Cuando habré acabado mis fabricas, decía este rico, y habré juntado toda mi cosecha y todos mis bienes.... "dijé á mi alma, ¡oh alma! tienes puestos muchos bienes para muchos años; descansa, come y bebe, y date buena vida...." He aquí cuales son los proyectos de los ricos avarientos, y con los que se prometen al principio una abundancia de bienes, que pueda satisfacer sus deseos. Ahora vosotros los veis desechos de ganancias, solícitos por acumular, atentos á servirse de todos los caminos para enriquecerse, ocupados en menducenias, teniendo el ojo sobre todo, inquietos al mas mínimo accidente ó inconsolables á cualquiera pequeña pérdida, ó por haberles faltado la mas mínima ocasion; pero todo esto debe durar solo por un cierto tiempo y hasta que hayan juntado un cierto patrimonio, después del cual dirán entre sí mismos: ¡oh! ya tenemos bastante; ya tengo lo que necesito lo restante de mis dias; ya no tengo miedo de cosa alguna; ya no tengo alguna pena.... Pero ¡ah! ¿dónde están aquellos que contentes de su fortuna y satisfechos de cuanto han adquirido, hayan puesto límites á su codicia? Se prometen estos en adelante un perfecto reposo, exentos de toda sollicitud y de todo cuidado. Ahora los veis en perpetuo movimiento ir, venir, siempre trabajar, velar de noche, anticipar la aurora, no tomar algun reposo ni algun alivio, y todo esto únicamente para buscar un perfecto reposo, en el cual no tendrán ya nada que hacer, y gozarán á su gusto el fruto de sus pasados trabajos. Pero ¡ah! ¿se han visto por ventura muchos que hayan llegado á este estado de reposo y de tranquilidad? Finalmente, se prometen una vida larga y deliciosa. Ahora ya los veis hacer unos ahorros indecentes, negarse lo necesario y llorar aun aquello poco que en si bastan; pero cuando habran juntado tanto que gaste, se recompensarán de sus ahorros y de cuanto se privan, se abandonarán á una vida alegre y deliciosa, y nada aborran para satisfacerse. He aquí el último término de las esperanzas del rico y del mas noble objeto de sus votos, comer y beber. ¡Oh vanidad de las riquezas! ¿Son necesarias acaso tantas tentaciones y tantas penas para llegar á este término? El pobre en su medianía, ya ha mucho tiempo que goza de estas utilidades, y tanto mas deliciosamente las goza, cuanto está mas lejos de poner en esto su suma felicidad.

## PUNTO III.

LA MUERTE EN LAS RIQUEZAS HACE CONOCER SU NECEDAD.

"Pero Dios le dijo: Necio, en esta noche te vuelven á pedir el alma; y aquello que has guardado de quién será? Así le sucede al que atesora para sí mismo y no es rico para Dios...." El rico se alimentaba de sus ideas lisonjeras, cuando Dios, de quien él vivía olvidado y con quien nunca contaba en sus vastos proyectos, le desconcertó todo su sistema. Y veis aquí lo que para nuestro mayor provecho podemos ir recordando con nuestra mente.

Lo primero. *La locura del rico en haber juntado tantos bienes que es forzoso dejar.* Seguros de que debemos morir, de que hemos de estar poquísimo tiempo en este mundo, de que de este pasaremos á otro para estar allí eternamente, y de que al otro mundo llevaremos solamente nuestra alma, sus pecados y sus virtudes; de que la hora de nuestra partida es incierta y puede llegar en cada instante; de que cuando llegue esta hora y Dios hable, es necesario obedecer sin dilacion para comparecer delante de él; ¡no es una locura, una necedad vivir tanto tiempo ocupados en los bienes de este mundo, tener tanto ardor, darnos tan malos ratos, para procurar riquezas que debemos dejar, que no podemos llevar con nosotros, y que desde este punto ya nada nos servirán?

Lo segundo. *Locura del rico en no saber á quién deje sus bienes, que ciertamente debe dejar.* ¡Cuántas veces sucede que un rico ha juntado un grande tesoro, y únicamente lo ha guardado para dejarlo á extraños que ni siquiera conocia, para dejarlo á herederos tan ingratos, que llegan hasta insultar y motejar su memoria, á hijos litigiosos que mutuamente se consumen en pleitos, á hijos pródigos y disipadores que gastan los tesoros, enajenan las casas y las tierras; á hijos disolutos y libertinos, que se condenan en la abundancia de los bienes que les dejó su padre avaro, y que se hubieran salvado si su padre virtuoso, juntamente con una herencia mediana de sus abuelos, les hubiese dejado buenos ejemplos? ¡Qué locura, qué necedad haber devorado tantas penas para acumular bienes tan funestos!

Lo tercero. *Locura y necedad del rico en deber dejar bienes que le han impedido el juntar aquellos que podría llevar consigo.* Tal es, pues, la suerte de cualquiera que acumule solo para sí, sin pensar en dar parte á los pobres de los bienes que Dios le da, ni á emplearlos en buenas obras. Muerto rico delante de los hombres y pobre delante de Dios, rico de bienes que está obligado á dejar y pobre de bienes que habria podido llevar consigo. ¡Oh locura que no se puede llorar bastante!

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! ¿si esta noche vos me pidiérais el alma, ¡oh Dios mio! me hallaría delante de vos rico en buenas obras, en gracia, en méritos; ¿en qué, pues, he pensado hasta ahora? ¡Ay de mí! Si el cuidado de acumular ó cualquiera otro pensamiento frívolo me ha impedido enriquecerme de los bienes celestiales, ¿no es por ventura igual mi cura? ¡Ah Señor! he errado, lo confieso; pero en adelante tomaré al rico avariento por mi modelo, y será cambiando la especie de los bienes. Tendré por los bienes celestiales el mismo ardor que él tenía por los bienes de la tierra. Sostendré con vuestra gracia, ¡oh Dios mio! esta resolucion; haed que yo trabaje, que proyecte y que espere, como el rico del Evangelio, para vivir feliz y morir contento, entrar rico en el sepulcro y hallarme por toda la eternidad en las riquezas, en la abundancia, en las delicias que tenéis preparadas en el cielo para los que os temen. Amén.

## MEDITACION CLX.

DE LA CONFIANZA EN DIOS SOBRE LAS COSAS NECESARIAS A LA VIDA.

SEGUNDA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

San Láz., c. XII, v. 23, 31.

Esta confianza debe estar fundada: primero, sobre la sabiduría; segundo, sobre la potencia; tercero, sobre la bondad infinita de Dios.

## PUNTO I.

DE LA SABIDURÍA INFINITA DE DIOS.

Esta dispone todas las cosas proporcionadamente, y nosotros debemos admirarla.... "Y dijo á sus discípulos, por tanto os digo: no queráis estar solícitos ni del comer respecto á vuestro vivir, ni del vestir en orden al cuerpo."<sup>1</sup>

Aunque esta parte del discurso de Jesucristo fué dirigida particularmente á los apóstoles y á los discípulos que debían practicar literalmente toda la perfeccion, no debia de ser útil al pueblo que lo escuchaba, y nosotros debemos tambien aprovecharnos de ella, aplicándonosla á proporcion y segun la diferencia de nuestro estado. No obstante que el Redentor solo habla aqui de la confianza en Dios en orden al alimento y al vestido, debemos con mayor razon entenderla de todas las otras necesidades de la vida. Mas pa-

<sup>1</sup> San Mateo, c. VII, v. 25; matheo. LVII.

ra establecernos firmemente en esta confianza, consideremos con qué sabiduría infinita gobierna Dios el mundo, conserva todas las criaturas y dispone con proporción de todas sus partes.

Primero. *Consideremos, pues, primeramente á nosotros mismos.* "La vida vale mas que la comida, y el cuerpo mas que el vestido..." Dios nos ha dado el cuerpo y el alma, el ser y la vida. Lo que nos falta, aquello de que mas necesitamos, que forma la materia de nuestro temor y de nuestra inquietud, ¿es acaso en sí mas considerable y mas precioso que cuanto ya hemos recibido? ¿no es por ventura una consecuencia de nuestra naturaleza, un subsidio conveniente á nuestro estado y una destinación de la misma Providencia? ¿cómo, pues, podemos temer que se nos niegue por esta sabiduría infinita?

Segundo. *Consideremos los animales.* "Considera á los osos, que no siebran, ni siegan, y no tienen dispensa ni granero, y Dios los alimenta; ¿pues cuánto mas valeis vosotros que ellos..."

De la consideración de nosotros mismos, pasemos á la de los animales que Dios ha criado; pongamos la vista en aquellos que vuelan por el aire, que se arrastran por la tierra ó que nadan en las aguas. No obstante la prodigiosa diferencia que hay entre ellos, entre su naturaleza, entre sus necesidades y entre la cualidad de su alimento proporcionado y conveniente, ¿no encuentran ellos por ventura cuanto han menester para su mantenimiento? ¿la sabiduría infinita de Dios no les ha preparado todo lo necesario? ¿y bien que no posean artes ni ciencias, aunque están privados de toda razón, de juicio, de providencia, esta sabiduría misma no encuentra el medio de hacer llegar á cada uno de ellos cuanto le es necesario? Ahora pues, ¿hay alguna comparación entre nosotros y los animales? ¿cómo, pues, podemos creer que esta sabiduría infinita que provee á todas sus necesidades, no proveerá á las nuestras?

Tercero. *Consideremos las flores.* "Mirad los lirios cómo crecen, no trabajan y no hilan, y yo os digo, que ni Salomón con toda su magnificencia ha estado vestido como uno de estos. ¿Pues si la yerba que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno Dios la viste así, cuánto mas á vosotros de poca fe..."

De los animales descendemos á las plantas y á las flores que produce la tierra... ¿Qué espectáculo mas gracioso puede jamás representarse á los ojos humanos, que una bella campaña cuando los árboles y los céspedes, los prados y las flores hacen á porfia pompa de cuanto hay en la naturaleza de mas maravilloso y que mas encantado? ¿Qué olor suave! ¿qué magnificencia! ¿qué golpe de vista! Y si consideramos mas menudamente los objetos, ¿qué vivacidad de colores! ¿qué delicadeza de líneas y pinturas! ¿qué variedad de espectáculos! ¿qué encanto! ¿qué gallar-

día! No, ni el mas sabio de los hombres, el mas rico y el mas espléndido de los reyes, en sus ropas de oro, enriquecidas de piedras preciosas, ha encontrado un vestido que pueda compararse con el de una flor. ¡Oh flores brillantes! no sois ya vosotras las que os los habeis formado, ni tampoco es vuestra industria la que os los ha procurado; es sí aquella sabiduría infinita, la que extendiendo á larga mano su magnificencia hasta sobre las sustancias mas débiles, exige de nosotros el tributo de nuestra admiración y de nuestra confianza. ¿Y qué sería, pues, si de la superficie que os adorna á vosotras y á nosotros nos deslumbrá, pasásemos á considerar el arte divina que os hace nacer, que os multiplica, os despliega, os abre? ¡Oh Dios! tanto gasto, tantos preparativos, tantas atenciones por una yerba que hoy florece y que mañana se arranca del suelo para arrojársela! ¡Oh hombres de poca fe! ¿cómo podeis todavía temer que la sabiduría que os ha producido os abandone, á vosotros por quienes ella ha eruido el mundo y á quienes destina el cielo?

#### PUNTO II.

DE LA POTENCIA INFINITA DE DIOS.

Ella hace todas las cosas, y nosotros debemos confesarle nuestra debilidad. Para convencernos de la utilidad de nuestros pensamientos y de nuestras inquietudes, hagamos las siguientes reflexiones.

Primero. *Hagamos prueba sobre nosotros mismos de nuestras fuerzas.* "¿Pero quién de vosotros, dice Jesucristo, es el que á fuerza de pensar puede añadir á su estatura un codo?...". Probemos si á fuerza de pensar, de calcular, de meditar, ó si por medio de alguna invención ó de cualquiera industria, podremos, por ejemplo, acrecentar nuestra estatura de algunos cuatro dedos. ¡Ah! ni siquiera por tentación hemos jamás pensado hacer tal experiencia, y tacháramos de necio á cualquiera que seriamente se lo imaginase. Estemos, pues, una vez bien persuadidos y convencidos de nuestra debilidad y de nuestra impotencia.

Segundo. *Discurramos de lo menos á lo mas.* "Pues si (añade Jesucristo) no podeis hacer lo menos, ¿por qué tenéis inquietud por otras cosas?" Si con nuestros pensamientos nada podemos sobre nuestro cuerpo, que es una parte de nosotros mismos; si estamos obligados á confesar que sería suma necesidad nuestra el fijarnos seriamente en estos pensamientos, ¿qué sabiduría, qué provecho, qué eficacia se puede esperar en aquellos pensamientos que se ordenan á objetos distantes de nosotros, superiores á nosotros y que nos son desconocidos? ¿sobre aquellas necesidades

que nos ocasionan inquietudes tan inútiles y sin fundamento, las cuales para ser y quedar satisfechas, requieren el concurso de mil causas diferentes que ni siquiera conocemos y sobre que nada nos importa el poder ó no alguna cosa? Y con todo eso... el nombre es lleno de hombres que creyéndose sabios no cesan de estar ocupados en sí mismos y de tener serios discursos los unos con los otros, sobre las estaciones del año, sobre los vientos, sobre las lluvias, sobre las tempestades, sobre terremotos, sobre la ocasión de las guerras, de las pérdidas y de las carestias, como si estos pensamientos no fuesen igualmente vanos, insensatos é ineptos que los otros sobre la estatura y sobre la grandeza de su cuerpo.

Tercero. *Conduyamos de esto y resolvamos no inquietarnos ya mas en adelante por lo que mira á las necesidades de la vida...* "Y vosotros, concluye Jesucristo, no andéis afanados por lo que habeis de comer ó beber, y no queráis elevados demasadamente hácia arriba..." No estamos pensando en lo que vendrá, que no está en nuestro poder; no nos levantemos sobre nosotros mismos, y no pensemos en regular los acontecimientos que dependen solo de la omnipotencia de Dios. Estémonos circunscritos segun nuestro estado, en el giro de ocupaciones diarias que pide de nosotros la Providencia, y sin querer remontar el vuelo mas alto, abandonemos lo restante á aquella potencia infinita que mueve el cielo y la tierra y gobierna todas las cosas con soberano imperio. En esta perfecta sumisión, en esta confesion de nuestra debilidad, encontraremos nuestro respeto y nuestra consolacion.

#### PUNTO III.

DE LA BONDAD INFINITA DE DIOS.

Esta bondad lo abraza todo, y nosotros lo debemos toda nuestra confianza... "Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; y vuestro Padre sabe que de estas tenéis necesidad..."

Primero. *De la idea que debemos tener de Dios.* Debemos mirar á Dios como nuestro padre, y como un tierno padre que nos ama y quiere nuestro bien; como un padre atento, á quien nada se esconde, que conoce todas nuestras necesidades y sabe lo que nos es útil; como padre omnipotente que hace servir á sus designios las acciones de las sustancias animadas y la voluntad de las libres. ¿Bajo la providencia de un tal padre por qué inquietarnos? ¿No tiene él derecho de exigir nuestra confianza? ¿no sería ultrajarlo gravemente el negársela?

Segundo. *Del ejemplo del mundo que debemos mirar.* "Porque detrás de tales cosas van los hombres del mundo..."

En materia de providencia se halla aun entre los cristianos la idea que tenían los gentiles, ó por decirlo mejor, se ven aun muchos cristianos que piensan de Dios como los gentiles, que no reconocen alguna providencia, no tienen otra cosa en mira que este mundo visible, y en él reconocen solamente una naturaleza ciega, de la cual no tienen que esperar algun interés, alguna atencion, algun beneficio, antes tienen siempre que temerlo todo. ¡Ah! avergoncémonos de pensar como el mundo, cuando vemos que piensa como los paganos.

Lo tercero. *Del objeto á que debemos aplicar nuestros primeros cuidados.* "Buscad, por tanto, (acaba Jesucristo), primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas..." Lo que debemos buscar antes de todas las cosas es el reino de Dios y su justicia, la gloria de Dios y nuestra salvacion. Estudiemos la ley de Dios apliquémosla á observarla, practiquemos las obras de caridad, frecuentemos los Sacramentos, atendamos á la oración, trabajemos por adquirir las virtudes, por la victoria de las pasiones, y no temamos que nos pueda faltar lo restante. Es nuestro Dios mismo, es nuestro Padre el que nos da la palabra. Confíemos en sus promesas, reposemos sobre su infinita bondad en todo aquello que necesitamos para la vida y para la muerte.

#### PETICION Y COLOQUIO.

Alma mia, avergüenzate de una inquietud vana y desconfiada bajo el gobierno de una sabiduría infinita en sus miras, en sus designios, en sus medidas, en sus medios y en la justa proporción que hace resplandecer en sus obras. ¡Ah! vive quieta y tranquila sobre la potencia infinita de tu Dios, sin cesar jamás de trabajar bajo su diestra en espíritu de paz y de sumision. Entre los medios naturales que nos conservan la vida y procuran el vestido, ten siempre delante de tus ojos su mano bienhechora. Y vos, ¡oh Dios mio! dirigid mis miras y mis cuidados solo hácia los bienes sólidos y eternos; haced que ante todas cosas busque vuestro reino y vuestra justicia; haced que yo solo á vos ame aqui en la tierra, y que á vos solo eternamente posea. Amen.



## MEDITACION CLXI.

## JESUS ANIMA SUS APOSTOLES.

TERCERA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

San Lucas, esp. XII, v. 32, 34.

Primero. Jesucristo les pone á la vista una sólida consolación. Segundo. Les da un aviso esencial. Tercero. Les propone una máxima importante.

## PUNTO I.

JESUCRISTO PONE BAJO LOS OJOS DE SUS APÓSTOLES UNA CONSOLACION SÓLIDA.

Lo primero. *Por la confianza á que nos anima.* "No temáis...". Esto es, no temáis que os falten las cosas necesarias á la vida; no temáis la potencia de los hombres ni el furor de los demonios; no temáis vuestra debilidad cuando no os expondréis temerariamente, y ponéis en Dios vuestra confianza. Tal debe ser la seguridad de una alma verdaderamente cristiana. Pero ¡ay de mí! si nos examinamos seriamente, veremos que estamos muy lejos de esto. ¡Oh cuántos objetos de temores pueriles y funestos se presentan continuamente á nuestra alma, la descomponen y la inquietan!

Lo segundo. *Jesucristo pone á los ojos de sus apóstoles una consolación sólida por el nombre con que los llama.* "No temáis, pequeño rebaño...". Este nombre indicaba el número actual de aquellos que componían su Iglesia, que era bien pequeño; pero este pequeño número debía un día llegar á ser bien grande y abrazar todos los pueblos del mundo... Mas aunque esta Iglesia está bien extendida, ¡oh! cuán pequeño es el número de los cristianos ferrosos y pecadores! ¡Ah! unánimes á este pequeño número si queremos tener parte en los favores que se le prometen... Este nombre indicaba también las principales virtudes de los verdaderos hijos de la Iglesia, como son la humildad, la paciencia y la dulzura. Con estas ha triunfado del mundo entero este pequeño rebaño. ¿Tenemos nosotros estas virtudes?... Finalmente, este nombre declaraba la ternura de Jesucristo para con su Iglesia. El es el pastor y ella es su amado rebaño. En este sabe distinguir las almas generosas que le sirven con fervor y con toda la pureza de su corazón. ¡Oh! cuán grande es el afecto y la ternura que él tiene á este rebaño! Esforcémonos á ser de este número y nada omitamos por conseguirlo.

Lo tercero. *Jesucristo presenta á sus apóstoles*

*les una consolación por la recompensa de que los asegura.* "No temáis, pequeño rebaño, porque ha sido complacido vuestro Padre de daros el Reino." Examinemos todas estas palabras: *Ha sido complacido...* él os ha llamado á una suerte tan dichosa, por un favor del todo gratuito, por un efecto de su amor, y con complacencia nos pondrá en su posesión. *Ha sido complacido vuestro Padre.* ¿Y quién es este Padre? es el mismo Dios, aquel Señor soberano, absoluto y omnipotente, á quien nada resiste, y que nada puede impedirle poner en ejecución su voluntad, y en exacto cumplimiento sus promesas con tal que nosotros no nos hagamos indignos de ellas. *Ha sido complacido vuestro Padre de daros,* no lo que vosotros merecáis. Vuestros méritos mismos son dones de su gracia, y coronando en vosotros vuestros méritos, corona sus propios dones. ¡Qué desgracia para vosotros si viniérais á perder este don de la gloria por haber desechado los dones de la gracia! *Ha sido complacido vuestro Padre de daros á vosotros el reino...* ¿Y qué reino? ¡Ah! si fuese un reino sobre la tierra, todo lo sacrificaríais por obtenerlo y no perderlo; día y noche pensaríais en él; sería este el solo objeto de vuestros deseos; continuamente suspiraríais el dichoso momento que debería ponerlos en su posesión; cualquiera otra fortuna os parecería vil y despreciable; en vuestro espíritu maquinariáis solo proyectos dignos del trono, y alimentaríais siempre vuestro corazón de afectos convenientes á vuestro alto destino. Mas el reino á que estais destinados, es un reino celestial, es un reino eterno. ¡Ah! no queráis, pues, arrastraros sobre la tierra, no queráis envileceros, no queráis degradaros. Excitad en vosotros pensamientos dignos de vuestro Padre y dignos del reino que os ha preparado.

## PUNTO II.

JESUCRISTO DA Á SUS APÓSTOLES UN AVISO ESENCIAL.

Lo primero. *De renunciar á los tesoros de la tierra.* "Vended lo que poseéis y dad limosna..."

Los primeros días siguieron y muchos en nuestros días siguen este consejo. Pero ó llamados ó no llamados á este grado de perfección, tenemos siempre en este mismo consejo un precepto esencial. Este consiste en despegar nuestro corazón de todo lo que poseemos y en no tener ningún tesoro sobre la tierra. Lo que el Salvador dice del tesoro de las riquezas, se debe entender de todo otro tesoro á que se pega nuestro corazón. Fuera del tesoro de las riquezas, hay otros de muchas especies, y cada uno se forma el sujeto. Tesoro de ciencia y de erudición, tesoro de

## PUNTO III.

JESUCRISTO PROPONE Á SUS APÓSTOLES UNA MÁXIMA IMPORTANTE.

"Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón..."

Lo primero. Aprendamos de esta máxima á conocernos á nosotros mismos... ¿Queremos nosotros saber dónde está nuestro corazón? Veamos dónde está nuestro tesoro. Veamos dónde juntamos, dónde acumulamos y dónde trabajamos, si sobre la tierra ó en el cielo. ¿Queremos saber dónde está nuestro tesoro? Veamos dónde está nuestro corazón, dónde están nuestros afectos, nuestros deseos y nuestros pensamientos, á qué parte se vuelve habitualmente y casi sin reflexión nuestro corazón, si hacia la tierra ó hacia el cielo, porque estas dos cosas están entre sí encadenadas y necesariamente juntas, aunque nosotros queramos tal vez disimularnoslo; pero en vano: donde está nuestro corazón allí, también está nuestro tesoro, y donde está nuestro tesoro, allí infaliblemente estará también nuestro corazón.

Lo segundo. *Jesucristo da á sus apóstoles el aviso esencial de hacerse un tesoro en el cielo.* "Hacedos bolsas que no se envejecen; un tesoro inextinguible en el cielo, donde el ladrón no se acerca ni lo roe la polilla..." Las riquezas distribuidas á los pobres son un tesoro en el cielo. Las buenas obras y las virtudes practicadas en la presencia de Dios y por agrado, son un tesoro en el cielo. El conocimiento de los santos y de sus acciones y de sus combates, la invocación de su intercesión, la confianza en su poder, el deseo de verlos y de vivir con ellos, son un tesoro en el cielo. El tiempo que robamos á nuestros gustos y placeres por atender á la oración, por frecuentar los Sacramentos y por practicar el ayuno y la mortificación, todas estas obras santas son un tesoro en el cielo. Veis aquí los tesoros que conviene acumular, juntar y aumentar cada día.

Lo tercero. *Cuál es la razón de este aviso del Redentor.* ¡Ay de mí! ¿no la sabemos aun por ventura? ¿es necesario repetírsela siempre, y á pesar de todo lo que se nos dice seremos tan inconsiderados y tan insensatos que luego nos olvidemos? Los tesoros de la tierra nada tienen de noble y digno de nosotros; son bajos, viles y despreciables; lejos de saciarnos y de satisfacernos, nos degradan, nos empobrecen, nos afligen y nos atormentan. Los tesoros de la tierra nada tienen de seguro ni de sólido; mil suertes de enemigos busean y prenden robarnoslos, y otras tantas veces hemos sido despojados de ellos: nuestros sentimientos, nuestra desesperación y la miseria que experimentamos, son el primer castigo de nuestra imprudencia. Finalmente, nada tienen de permanentes y duraderos; la muerte todo nos lo quita y nada nos queda. No es así de los tesoros que acumulamos en el cielo. Ellos son nobles, satisfacen, engrandecen, alivian y llenan nuestro corazón; están seguros, no puede el enemigo robarnoslos y nada puede destruirlos; son duraderos y eternos; la muerte misma nos pone en su posesión, y seremos para siempre señores y dueños de ellos.

Lo segundo. *Aprendamos de esta máxima á regularnos nosotros mismos.* Comprendamos cuán importante es para nosotros no engañarnos en este negocio, esto es, en colocar bien nuestro tesoro y nuestro corazón. Estando estas dos cosas tan estrechamente unidas entre sí, el error que cometieremos en la una, recaerá igualmente en la otra. Si hacemos consistir nuestro tesoro en cosas terrenas y caducas, en estas estará también nuestro corazón: de donde se seguirá que parecerá nuestro tesoro y eternamente será con él despedazado nuestro corazón. Si al opuesto nuestro tesoro es celestial y eterno, eternamente gozará de él nuestro corazón con seguridad y felicidad. Estemos, pues, bien en vela sobre este punto y no nos engañemos.

Lo tercero. *Aprendamos de esta máxima á cambiarnos á nosotros mismos.* No pretendamos ya cambiar nuestro corazón sin cambiar nuestro tesoro, ni cambiar nuestro tesoro sin cambiar nuestro corazón. Estas dos cosas son inseparables. Trabajemos en cambiar el uno y el otro al mismo tiempo. Para revolver nuestro corazón hacia el cielo, pongamos en el cielo nuestro tesoro, enviemos allí limosnas, obras de caridad, actos de humildad, de paciencia y de mortificación. Para reponer nuestro tesoro en el cielo revolbamos hasta el cielo los pensamientos de nuestro corazón, sus deseos y sus afectos. Pensemos con frecuencia en aquella beata habitación, en aquella gloria inmortal, en aquella eterna felicidad.

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Ay de mí! y cuán necesario es en mí este cambio, porque mi tesoro y mi corazón están del todo sobre la tierra! Ayudadme, ¡oh Señor! porque sin vos no me puedo cambiar, ó por mejor decir, cambiadme vos mismo y esta mutación será el efecto de vuestra diestra. ¡Oh Dios mío, si vos fuéssis mi tesoro, cuán afortunado sería! No tendría dificultad en estar recogido, no estaría distraído en la oración, y la oración no me causaría tedio ni fastidio. ¡Oh Jesús, si vos fuéssis mi tesoro, con qué frecuencia, con qué respeto me hallaría yo en vuestra presencia! Mas frecuentes y mas fervorosas serían mis comuniones, en ellas no experimentaríais aquella frialdad, aquella disipación que tanto me abaten, me desaniman y me acojanjan. ¡Oh Salvador mío! ¡oh divino Jesús! Sed vos en adelante mi único tesoro y sea todo vuestro en adelante mi corazón. Amen.

## MEDITACION CLXII.

## PARABOLA SOBRE LA MUERTE.

San Lúe, c. XII, v. 35, 41.

## CUARTA CONTINUACION DE DISCURSO DEL SALVADOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

Bajo el velo de esta parábola, nos enseña el Redentor: primero, en qué consiste la preparación á la muerte; segundo, cuál sea la felicidad de una muerte á la que el cristiano se halla preparado; tercero, cuán grande sea la necesidad de estar siempre dispuesto á morir.

## PUNTO I.

## EN QUÉ CONSISTE LA PREPARACION PARA LA MUERTE.

Lo primero. *En el despojo de las cosas de este mundo.* "Estén ceñidos vuestros lomos..."

Los judíos llevaban un hábito largo, y para no hallarse embarazados, lo tenían levantado con un cíngulo cuando habían de trabajar ó hacer algún viaje.... La primera preparación para la muerte consiste en ponerse en este estado, en que nada nos detenga, nada nos impida, nada nos embarace. Los vestidos que nos embarazan son los bienes de la tierra, nuestras pasiones, nuestros desarreglados afectos, el amor del placer y de las cosas sensibles. Ahora esto es justamente lo que se debe restringir, reprimir, y hablando propiamente sujetar con el cíngulo de la mortificación y del despojo. Cíñamos, pues, con

este cíngulo nuestros lomos, despoguémonos de todas las cosas de la tierra, estemos siempre prontos á dejarla. ¿Estamos en esta disposición? ¿vivimos despegados de esta manera?

Lo segundo. *La preparación para la muerte consiste en la práctica de las virtudes.* "Y en vuestras manos, lámparas encendidas..."

Este mundo está cubierto de espesas tinieblas, y la muerte es como un viaje que se hace en una noche oscura.... La lámpara que debe iluminarnos es la fe y la religión. El que no tiene fe ni religión no tiene esta lámpara en la mano; no sabe dónde va, y corre peligro cierto de caer en el precipicio; el que tiene una fe y una religión que no es verdadera ni establecida por Jesucristo, sigue un falso vislumbre y se precipita igualmente; el que tiene una fe muerta, lánguida ó poco asegurada, lleva una lámpara sin luz y corre también al precipicio. Tengamos, pues, esta lámpara encendida por una entera sumisión á cuanto la Iglesia ha decidido, por medio de un estudio continuo y de una profunda meditación de los misterios y de las verdades que ella enseña. La lámpara encendida que debe arder, es el amor de Dios y del prójimo en nuestro corazón. Guardémonos de que este fuego se apague ó venga á faltar; antes, por el contrario, procuremos que cada día esté mas vivo y mas ardiente. El oleo que debe mantener siempre encendida nuestra lámpara, son nuestras buenas obras y los actos frecuentes de todas las virtudes propias de nuestro estado, las cuales santificándonos á nosotros mismos, iluminarán y edificarán á los otros. ¿Las tenemos nosotros en las manos? ¿tenemos encendidas nuestras lámparas?

Lo tercero. *La preparación para la muerte consiste en una expectación continua del día del Señor.* "Y sed vosotros semejantes á los hombres que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas para abrirle luego que llegue y toque á la puerta...." Jesucristo está en el cielo en el convite eterno de la Iglesia triunfante; sin abandonarlo debe venir á nosotros y nosotros debemos esperarle y estar prontos para abrirle. El toca con la enfermedad, y nosotros le abrimos si estamos dispuestos por medio de una pronta resignación y del júbilo de unirnos con él. ¡Ay de mí! vivimos sobre la tierra en continuas expectativas, pero no en la expectación del Señor. Se esperan las edades, la salud y las fuerzas, se esperan dignidades y empleos, se espera la muerte de otros, que vaque un empleo; se esperan herencias, y ¡oh cuántas cosas se esperan! se espera sobre todo una larga vida; algunos años mas de vida, y siempre una dilación infinita de vida; pero entre estas frívolas expectativas viene el Señor, que no se esperaba, llama á la puerta, y lejos de abrirle prontamente, nos esforzamos á cerrarle la entrada y á tenerlo lejos; pero con todo esto y no obstante nuestra repugnancia, entra y nada

encuentra preparado, todo lo halla en desorden: ¡oh que infelicidad! ¡oh vanas esperanzas, vanas expectativas, cuántos corazones habeis engañado! ¡No será engañado yo mismo! No lo permitais, Señor; estoy resuelto, vos solo en adelante seréis el objeto de mi expectación. Si, Dios mío, á vos esperaré; no espero sino á vos; ninguna cosa espero sino á vos solo. Todo lo que hago, todo lo que proyecto y todo aquello en que me ocupo, todo se endereza á esperaros á vos; yo no me apego á cosa alguna; luego que vos llameis, todo lo dejaré, correré á vos, ¡oh Salvador mío! os abriré con júbilo de mi corazón y con deseo ardiente de unirme siempre á vos.

## PUNTO II.

## DE LA FELICIDAD DE LA MUERTE Á LA QUE UN CRISTIANO SE HA PREPARADO.

"Bienaventurados aquellos siervos que viniendo del Señor, los encontraré velando; en verdad os digo que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá. Y si llegase á la segunda vigilia, y si llegase á la tercera, y los hallase así (velando), bienaventurados son los tales siervos...."

Primero. *Felicidad primera del instante de la muerte.* ¡De qué consolación no se hallará llena una alma fervorosa en el lecho de su muerte! Bien presto se han pasado sus penas, se han acabado sus combates y se ve cercana á la recompensa y al eterno reposo. En este momento todo mortal experimenta la espantosa caducidad de las cosas de la tierra y la obligación en que está el hombre de unirse únicamente á Dios. Pero para el alma justa, ¡oh y qué consuelo es haber sabido apreciar todos estos bienes de que la muerte lo separa, y haber buscado el agrado á solo aquel Dios que á ella viene! ¡Con qué alegría ve ella á Jesucristo entre las manos del sacerdote que viene aun á ella una vez, á darle la prenda segura de una bienaventurada inmortalidad! Esta es la última vez en que lo ve bajo los velos misteriosos que lo esconden; bien presto lo verá á cara descubierta en el estado de su gloria. ¡Oh cuánto se alegra de haberlo servido y de haberse consagrado á él! No le sucede así al alma mundana, perezosa, disipada, cuyo corazón jamás ha estado enteramente en Dios. ¡Oh qué pensar al oposito en este momento! ¡cuántos remordimientos, cuántos temores!

Segundo. *Felicidad en el momento de la muerte.* La felicidad de un justo moribundo resalta hasta los que están presentes. Es una verdadera felicidad ser testigos de la muerte de un fervoroso cristiano. O sea que la muerte lo corte en la flor de su edad y cuando el mundo lo ofende las mas lisonjeras esperanzas, ó sea que lo lle-

vo en una edad avanzada y cuando el corazón está ordinariamente mas apegado á la vida, el júbilo que brilla sobre su frente, el ardor con que pide los Sacramentos, el fervor con que los recibe, las palabras de consolación que dice á los que le acompañan, todo edifica, todo enciende. El semblante de alegría con que espira anuncia los sentimientos llenos de fe, de esperanza y de amor divino de que está encendido su corazón. Parece que al rededor de él se esparce un olor de santidad. El fuego sagrado que lo consume calienta los corazones mas fríos y les hace desear el morir con una muerte tan santa y tan dichosa. Es bien diferente la muerte de los mundanos: se han visto jóvenes y viejos dar espantosos gritos al primer anuncio de una próxima muerte, y determinarse después con una pena infinita á hablar á un ministro de la reconciliación; tambien se han visto algunos obstinados en no querer rendirse, echar de sí á los que les hablaban de Dios, arrojar tambien el Crucifijo que se les presentaba, y morir ó en endurecimiento, en una insensibilidad, en una insensatez propia de bestia, que ponía los circunstantes en la mayor consternación; ó morir con las blasfemias en la boca trasportados de furor y desesperación que hacían temblar á los presentes huyendo cada uno con el corazón lleno de terror y de espanto.

Tercero. *Felicidad después de la muerte.* Ha espirado ya; aquella alma justa y fiel ya no está mas en este mundo; solo ha quedado sobre la tierra el cuerpo que ella ha animado y que volverá otra vez á tomar en el último día. ¡Ah! ¡qué es lo que ella encuentra en el momento en que se ve libre de las ligaduras del cuerpo! Encuentra en un Dios el Señor á quien ha servido, amado y deseado; un Señor lleno de bondad y de ternura; un Señor que ya no exige de ella algun servicio, y que al contrario, quiere servirle él mismo; que la introduce al celestial convite de la mansion de su gloria, y emplea su omnipotencia en hacerla feliz y colmar todos sus deseos. ¡Ah! es ciertamente bueno y tierno el Señor á quien nosotros servimos y que se pinta á sí mismo bajo de estos tan admirables colores. ¡Felices, si, felices los siervos que él encuentra en su servicio fieles y vigilantes á su retorno! ¡Para servir á un tal Señor, es por ventura demasiado larga la vida! ¡son acaso demasiado duras las penas, las cruces, las penitencias y las mortificaciones para la felicidad tan grande que nos procuran! ¡Oh almas fieles que os habeis consagrado al servicio de Jesucristo, no os dejéis abatir del temor de la muerte, como los amadores del mundo. Esperad el día de la venida de vuestro Señor con una santa impaciencia; pensad en ella con júbilo y con demostraciones de alegría. No; los pecados de la vida pasada que habeis lavado en su sangre y las culpas ligeras que se escapan á vuestra fragilidad y de que lo pedis cada día perdon, no inquieten ni atemoriceen vuestro corazón,

ni llegan á haceros perder una tan dulce esperanza. Una estable confianza en las misericordias del Señor y un deseo ardiente de ir á él, son mas propios para animaros en su servicio y le son mas aceptos que aquel temor estéril á que os abandonais y que hace injuria á su bondad, y no sirve sino de alejaros de él y de afligir aun con riesgo de desanimaros. Decid, pues, frecuentemente á vosotras mismas: ¡bienaventurados los siervos que el Señor hallará vigilantes á su retorno! ¡Ah! con la gracia de mi Dios, espero ser de este número.... ¡Oh qué fortuna será esta para mí!

### PUNTO III.

DE LA NECESIDAD DE ESTAR SIEMPRE PRONTOS PARA MORIR.

Lo primero. *Comprendamos esta necesidad con un ejemplo familiar.* "Mas sabed esto, que si el padre de familias supiera la hora en que vendría el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa...."

Si él supiese el tiempo, en aquel tiempo velaría; pero no sabiéndolo qué es lo que hace; tiene cuidado que su casa esté siempre en buen estado, y con esta precaución reposa tranquilamente.... Si nosotros supiésemos el tiempo en que debemos morir, podríamos dejar para él nuestra preparación; pero no sabiéndolo, imitemos este padre de familias. Mantengamos nuestra conciencia en seguridad y siempre en buen estado; no dejemos entrar en ella, y mucho menos mantenerse algun tiempo al demonio, nuestro enemigo, y al pecado; no nos hallemos jamás en un estado en que no querríamos morir. Regulada de este modo nuestra conciencia y no remordiéndonle cosa alguna, podemos dormir tranquilamente; podrá entonces sucedernos morir de una muerte repentina; pero no moriremos de una muerte improvisa. ¡Ay de mí! cuando se trata de la conservación de nuestros bienes, usamos de una atención infinita, ninguna cosa fiamos al acaso, ninguna precaución nos parece que está por demás; y cuando se trata de nuestra alma, de su conservación, de su eterna salud, lo arriesgamos todo y no tomamos seguridad alguna. "Dios inmortal, estamos todos los días á la vigilia de ser eternamente reprobados y vivimos tranquilos!"

Lo segundo. *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con una cotidiana experiencia.* "Y vosotros estad preparados, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre...."

La muerte sorprende con mil accidentes improvisos. Uno es sumergido en el agua; otro consumido de las llamas; este cae y se hace pedazos; aquel queda oprimido debajo de las ruinas, bajo

de un peso que lo aterra; quién es muerto por su enemigo ó por accidente; quién muere por un golpe de sangre ó de una apoplejía. En un mismo día los habeis visto llenos de sanidad y privados de vida; y estos accidentes sorprenden á los otros en sus casas; á unos de día y á otros de noche. ¿Cuántos hemos conocido nosotros que han muerto de este modo? ¿estaban estos dispuestos para morir? ¿estaban ellos en estado de gracia? ¡Ah, gran Dios, y cuán terrible es una tal muerte para personas ocupadas en los negocios del siglo y que apenas se veían ocuparse en el negocio de la salud! La muerte nos sorprende por enfermedad. Estamos ocupados en mil negocios, proyectos ó ideas inútiles; viviamos en los placeres y acaso en malos hábitos, y cuando menos pensábamos, nos hallamos detenidos en medio del curso de la enfermedad.... ¿Y qué tiempo es este para disponernos á morir?.... Se ignora la naturaleza del mal.... Nos lisonjamos que esto será nada, hemos salido ya otras veces de enfermedades mas graves, otros han sanado de esta misma enfermedad, y con esta esperanza nada se hace; se difiere en la enfermedad como en la sanidad, y en tanto la muerte viene.... Se ignoran sus progresos.... Después de algunos temores de la muerte y después de haber hecho algunos preparativos, el mal va cesando; renace la esperanza de la vida y con ella muchas veces reviven todas las pasiones, y cuando ya nos creíamos fuera de peligro, todo de un golpe recaeamos y morimos. ¡Ah! estemos preparados, estemos preparados. ¿Es posible que no queramos jamás comprender la importancia de este aviso? ¿la experiencia de todos los días no bastará jamás para desengañarnos? Se muere á la hora que menos se piensa en ello. ¿Esta advertencia tantas veces repetida y confirmada, no hará jamás sobre nosotros impresion alguna? Si fuésemos sorprendidos sin estar dispuestos, la culpa será infaliblemente nuestra, y será culpa que jamás podremos reparar.

Lo tercero. *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con la aplicación que debemos hacer á nosotros mismos de esta verdad.* "Y Pedro le dijo: Señor, esta parábola la has dicho por nosotros, ó por todos?..."

Da compasión el ver el uso que se hace de una verdad tan terrible como es la incertidumbre de la muerte y ver la manera con que se aplica. Primeramente se aplica á los negocios temporales, usando toda la exactitud y puntualidad. Ninguna cosa se hace, de cualquiera importancia que sea, sin tomar las precauciones necesarias contra las sorpresas de la muerte. Se tiene cuidado de decirlo todo; de escribir ó hacer escribir, y firmarlo todo; porque no se sabe, se va diciendo, qué cosa puede ocurrir; el hombre puede morir en cualquier hora. ¿Y por la salvacion no que temer alguna sorpresa? ¿ó acaso este negocio no es de tanta importancia? ¡Ah!.... La aplicamos

tambien de buena gana á los otros, la anunciamos, la predicamos, la inculcamos á los otros y después no la aplicamos á nosotros. Conocemos el débil temperamento, la quebrantada salud de aquel jóven, vemos la edad avanzada del otro, y vamos diciendo; debieran ciertamente este y aquel pensar en morir bien; y nosotros no debemos por ventura pensar en esto?.... Tambien la aplicamos á nosotros, pero en una manera indeterminada, indecisa é ineficaz. Hacemos alguna vez esta reflexion, que no sabemos cuándo moriremos, y después no nos quedamos tranquilos, como si á lo menos supiésemos cuando moriremos; y sucede al fin, que después de tantas advertencias y de tantas reflexiones, morimos tambien sin estar preparados.

### PETICION Y COLOQUIO.

A mi en particular se endereza esta instruccion. Sin mas diferirlo, quiero comenzar hoy á ponerme en el estado en que querré morir, con la práctica de las virtudes, de las mortificaciones y de los ejercicios de piedad en que querré morir y acabar mis dias; en una palabra, á hacer aquello que quisiera haber hecho á la hora de la muerte. Diferirlo mas, es exponerme á un grande mal. ¡Ah! vos, Dios mio, avalorad con vuestra gracia este propósito. Amen.

### MEDITACION CLXIII.

#### PARABOLA DEL ADMINISTRADOR.

QUINTA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

S. Luc., c. XII, v. 42, 43.

Consideremos: primero, el administrador fiel; segundo, el administrador infiel; tercero, la diferencia que hay entre los siervos fieles.

### PUNTO I.

#### DEL ADMINISTRADOR FIEL.

Lo primero. *Sus obligaciones.* "Y el Señor dijo: ¿quién crees tú que sea el dispensador fiel y prudente, propuesto por el Señor á su familia, para dar al tiempo debido á uno su medida de trigo?..."

Bajo la parábola de este administrador están representadas todas las personas que tienen alguna autoridad ó potestad sobre los otros. Tales son los padres de familia, los señores, los magis-

trados, príncipes, y principalmente los pastores y superiores eclesiásticos y directores de almas. La primera obligacion del administrador es la fidelidad, que consiste en no apropiarse alguno de los bienes que le ha confiado el Señor, en no considerarse él mismo dueño de ellos, en no buscar en esto su gloria, su placer y su particular provecho, sino la gloria, la voluntad y el interés de su señor. La segunda es la prudencia, ó sea la ciencia propia de su estado. Debe saber todo lo que es necesario para el beneficio y adelantamientos de su señor; debe conocer los trabajos que se han de hacer; debe repartirlos á aquellos á quienes manda y dar á cada uno de ellos un trabajo proporcionado á sus talentos y á sus fuerzas. La tercera es la exactitud en proveer á las necesidades de aquellos que emplea, dándoles en el tiempo destinado la medida necesaria para su sustento, esto es, suministrándoles todos los medios, todas las comodidades, todas las instrucciones y todas las exhortaciones, en una palabra, todo aquello que puede empujarlos y animarlos á cumplir exactamente sus obligaciones; y estos socorros los debe suministrar, no en el tiempo que á él le acomode y agrade, sino en el tiempo señalado y cuando ellos tengan necesidad. Ahora, pues, cómo cumplimos nosotros en nuestro estado estas obligaciones, respecto de aquellos cuya conducta nos ha fiado Dios? ¡Ah! ¿dónde se halla aquel administrador fiel, prudente y atento? ¡Oh, y cuán pequeño es su número en comparacion de aquellos que son infieles, imprudentes y negligentes! ¿No soy yo por ventura del número de estos últimos?

Lo segundo. *La felicidad del administrador fiel.* "Bienaventurado aquel siervo que viniendo del señor lo hallará así haciendo...."

Esto es, si lo halla en el actual cumplimiento de todas sus obligaciones; pero para esto las debe cumplir, primero con constancia y sin interrupcion. No debe dejarse vencer de las dificultades, no se debe dejar abatir del tedio, no se debe dejar llevar de la pereza ni distraer de cuidados extraños. Segundo. Con aplicacion y sin negligencia. Es necesario que continúe á trabajar incesantemente y sin tomar reposo. Debe continuar con celo, con el mismo ardor y con la misma solicitud con que ha comenzado, para que viniendo el Señor, no halle ó que nada hace, ó que no lo hace todo, ó que hace mal lo que hace. Tercero. Con perseverancia y sin omitir jamás cosa alguna. Debe continuar á trabajar con tison hasta la última respiracion, sin dejar jamás el puesto en que lo ha colocado Dios, ó por flojedad, por tedio ó por amor propio; y si ya no estuviere en estado de guardarlo, porque la enfermedad ó la edad lo hagan incapaz de cumplir sus funciones, debe en esto reconocer y seguir la voluntad del señor, el cual sin duda á su arribo, sería mal contento de hallarlo en un puesto en que no podia ya serle útil y que lo ha-



bría solo guardado para gozar las utilidades anexas, sin poder cumplir sus obligaciones.

Lo tercero. *La recompensa del administrador fiel.* "Os digo verdaderamente que lo pondrá sobre todo lo que posee..."

El señor que a su arribo encontrará al administrador de su casa exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se le mostrará agradecido, le dará a entender su satisfacción, y por recompensa de su fidelidad y prudencia, lo elevará a un puesto superior y le dará la administración general de todos los bienes que posee. He aquí la recompensa que pueden dar los señores de la tierra y que pueden esperar aquellos a quienes han fiado una parte de su patrimonio. ¿Pero qué es lo que hará el Señor del cielo? ¿qué nos promete el debajo de esta figura, sino la posesión de todos sus bienes, de su reino y de sí mismo? ¡Oh recompensa bien digna de nuestros deseos, de nuestros trabajos y de nuestra posesión!

#### PUNTO II.

##### DEL ADMINISTRADOR INFIEL.

Lo primero. *Su delito.* "Mas si el tal siervo dice en su corazón: Mi señor se tarda en venir, y empézase a maltratar a los siervos, y a comer y beber, y embriagarse..."

El delito de este administrador infiel para con su señor es, de olvidarse de que tiene un señor, y que este debe volver, y de persuadirse que no volverá tan presto... La negligencia en los ejercicios espirituales, la omisión de la oración, de la meditación, de la lección espiritual, el olvido de Dios, de la muerte, de sus sorpresas y de sus consecuencias, son la primera culpa que nosotros cometemos, y el origen de todas las demás. Vivimos como si no debiésemos morir, ó vivimos como si la muerte estuviese siempre para nosotros en la misma distancia... El delito de este administrador infiel respecto de los otros siervos, es de maltratarlos. El que ha olvidado a Dios y la cuenta que debe dar, no sigue ya otra regla para con el prójimo, que la pasión. El uso que hace de su autoridad y de su poder es entonces una continua injusticia; sostiene, favorece, colma de bienes a aquellos que lo adulan, y después no teme inquietar, adigir, humillar y molestar de mil maneras a aquellos que le desagradan. Pero el Señor ve la injusticia que se hace a estos, oye sus gemidos, y tomará venganza de los desprecios, de los ultrajes y de los malos tratamientos que habrán recibido del administrador infiel... Finalmente, el delito de este siervo malvado hacia sí mismo, es de abandonarse al lujo y al ocio, al juego, a la destemplanza, a la embriaguez y a la disolución, y de emplear para satisfacer sus pasiones, los bienes

que el Señor le había confiado, destinándolos a bien diferentes usos.

Lo segundo. *La infidelidad del administrador infiel.* "Vendrá el señor de este siervo el día que no espera y a la hora que no sabe."

Este señor vendrá, es inevitable su retorno, y ¡oh cuán terrible será para aquel que habrá de dar cuenta de tantos golpes! Este Señor vendrá en un día no esperado, en una edad en que se creía que no había nada que temer, en un tiempo en que se formaban todavía varios y vastos proyectos de fortuna, de placeres y de adelantamientos... Este Señor vendrá en una hora incierta, en que nos abandonamos con mayor seguridad a lo que nos debe atraer los más rigurosos castigos. He aquí, pues, la respuesta a la pregunta de san Pedro. Todos deben velar y estar continuamente atentos. Esta verdad va enderezada a todo el pueblo, y más particularmente a los pastores del pueblo. ¡Ah! sería ciertamente cosa dolorosa y desgraciada, para quien debe animar a los otros a estar preparados y que muchas veces los ha exhortado, no haberse el mismo preparado y haberse dejado sorprender.

Lo tercero. *El castigo de este administrador infiel.* "Y lo separará, y pondrá su parte con los (siervos) infieles..."

Su castigo será primero ser separado para siempre de la compañía de los bienaventurados, donde hubiera ocupado un puesto distinguido entre tantos celosos pastores que han tenido parte en los trabajos y que ahora la tienen en la gloria de los primeros apóstoles... Será después desterrado y confundido con los siervos infieles, con los malos cristianos, con los herejes, con los judíos, con los idólatras y con los demonios. ¡Ah! qué compañía para un ministro de Jesucristo, para un sucesor de los apóstoles! tendrá finalmente parte en los mismos suplicios, y aun sufrirá otros mayores en el mismo fuego, en la misma eternidad.

#### PUNTO III.

##### DIFERENCIA ENTRE LOS SIERVOS INFIELES.

Primero. *Del mas culpado.* "Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor y no se preparó y no hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes..."

Aquel sin duda es el mas culpado que habiendo sido admitido a la confianza del señor, estando instruido de sus designios, sabiendo sus intenciones y conociendo sus voluntades, no ha hecho de ellas caso alguno, nada ha hecho de cuanto se le había ordenado, y ha despreciado igualmente la autoridad del señor, sus recompensas y sus amenazas; por eso este será castigado con mayor

rigor y severidad. Tales eran los judíos al tiempo del Redentor en comparación de los gentiles. Estaban instruidos de la ley de Dios y bien informados de la promesa que les había hecho de enviar al mundo un Salvador, y en vez de prepararse a recibirlo, lo han crucificado... Tales son hoy en día los cristianos comparados con los infieles... Tales son entre los cristianos los eclesiásticos, los religiosos, las personas educadas con mayor cuidado y mejor instruidas, en comparación del pueblo grosero y poco capaz de instrucciones: con que si nos descuidamos en ejecutar la voluntad de nuestro Señor, que nos es tan manifiesta, confesémos que somos del número de los mas culpados y que nos son debidos los mas rigurosos castigos.

Segundo. *Del siervo menos culpado.* "Aquel siervo, pues, que no la conoció y ha hecho cosas dignas de castigo, recibirá pocos azotes..."

Aquel ciertamente es menos culpado que no habiendo sido admitido a los secretos de su señor y no sabiendo menudamente sus intenciones y sus voluntades, no deja de hacer cosas dignas de castigo; este será castigado, pero menos rigurosamente que el primero. Tales eran al tiempo del Redentor los gentiles en comparación de los judíos. Tales son hoy día los infieles en comparación de los cristianos. Si Jesucristo no se les ha anunciado, no serán castigados por no haberlo conocido y adorado; pero serán castigados por haber obrado contra la luz natural de su razón y de su conciencia. En su ignorancia son dignos de compasión, y este es un misterio de la profundidad de la ciencia y de la sabiduría de Dios; mas son culpables en sus desórdenes. Pero nosotros, mas favorecidos que ellos por una gracia que no hemos podido merecer y que jamás la apreciaremos como se debe, si no nos aprovechamos seremos infinitamente culpables y nuestro castigo será a proporción mas riguroso que el suyo. ¡Ah! qué desgracia para mí si después de haber recibido las luces de la fe, vienes a ser condenado con los gentiles y mil veces mas atormentado que ellos!

Tercero. *Regla general del juicio de Dios.* "Mucho se pedirá a aquel a quien mucho se ha dado, y mas pedirán a aquel a quien se le ha fiado lo mucho..."

O que se nos haya dado mucho ó que se nos haya dado poco, se nos pedirá cuenta del uso, del empleo y del provecho de todos los bienes que se nos han dado, naturales y sobrenaturales, y del tiempo que los hemos gozado. La cuenta que hemos de dar será tanto mas rigurosa cuanto mas habremos recibido... Tal es la respuesta cumplida que dió el Salvador a la pregunta de san Pedro; respuesta que ha hecho temblar los mas grandes santos, que les ha hecho huir y esconderse cuando se trataba de elevarlos a cualquiera dignidad, y que no les permitió aceptarla sino por obediencia y por no resistir a

la voluntad de Dios; pero no sin gemir, sin temblar. ¡Ah! el que de otra manera la acepta, no penetra y no considera profundamente la cuenta rigurosa que deberá dar.

#### PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio, qué cuenta tan terrible habré yo de daros cuando compareceré delante de vos! Tened piedad de mí: quiero desde ahora aplicarme y prepararme seriamente para vuestra venida y para que no me sorprenda. Quiero de hoy en adelante observar todos mis pasos, pesar todas mis acciones, contar todas mis palabras, para hacer un santo uso de las luces, de los talentos, de la autoridad y de todos los bienes que he recibido de vos. Amen.

#### MEDITACION CLXIV.

##### DE LA VIDA DE JESUCRISTO.

San Lázaro, c. XII, v. 49, 59.

##### SEGUNDA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

El divino Salvador nos instruye aquí: primero, de los efectos; segundo, del conocimiento de su venida; tercero, del juicio particular que ejercerá.

#### PUNTO I.

##### DE LOS EFECTOS DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

Lo primero. *Del fuego que Jesucristo ha traído sobre la tierra.* "He venido a traer fuego sobre la tierra, y qué quiero yo sino que se encienda?"

¿Qué fuego ha traído Jesucristo sobre la tierra? El fuego del amor divino para inflamar los corazones; el fuego del celo de la gloria de Dios para la conversión de los pecadores y para la santificación de las almas; y el fuego de la persecución para purificar y perfeccionar la virtud.

Primero. *El fuego del amor divino.* ¡Oh Jesús! vos habéis traído este fuego sobre la tierra; vos queréis que en ella arda, que inflame los corazones; ¿por qué, pues, está tan frío y tan lánguido mi corazón? ¿por qué no penetra dentro de él este sagrado fuego y lo consume? Vos queréis que en él se encienda; con que soy yo el que no quiero. ¡Ah, miserable! estimado mas abandonar mi corazón a mil objetos terrenales que lo envilecen, lo degradan y lo consumen, a mil amores profanos que lo corrompen, lo atormentan y lo despedazan, que dejarlo encender del amor de Dios, que